

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

LIMÍTROFES

LIMÍTROFES

Cristina Jurado



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2024, Cristina Jurado
© 2024, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2024, David G. Vaquero, por la ilustración de la cubierta

Primera edición: junio de 2024

Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Edición de texto: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-127785-2-6
Depósito legal: B 6406-2024

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*Para J-Hope de BTS,
que ha contribuido con su música
a que esta locura se pueda leer, y
para todos los seres imperfectos*

*I burned it all.
And I wanted it all.*

J-HOPE, «Arson» (2022)

*Home is what you take with you,
not what you leave behind.*

N. K. JEMISIN, *The Fifth Season*

*Chaque ami représente un monde en nous,
un monde qui n'aurait peut-être jamais existé sans lui et
que cette rencontre a rendu possible.*

ANAÏS NIN

Muro es veneno. Lo sabe desde que tiene uso de razón, la mitad de esa vida que lleva recorrida. Lo curioso es que desconoce su edad, aunque el pelo que ya le aparece en ciertos lugares del cuerpo le ha avisado de que es adolescente. Por eso, y según lo que ha aprendido en las calles, se atribuye catorce años, quince como mucho.

Su mirada desconfiada es lo primero que cualquiera advierte cuando lo tiene delante, pero ni la mugre ni la extrema delgadez que el hambre le provoca le afea el rostro, delicado y cautivador: parece un joven héroe de anime. Los ojos rasgados y el cabello tan negro como sus pupilas se han acostumbrado a la luz crepuscular del subte, cuyos callejones se retuercen como colas de lagartija, sombríos y húmedos. Su piel lunar contrasta con los colores indefinidos de lo que lleva puesto, que nunca es de su talla.

No es fácil encontrar ropa medio limpia. En especial las prendas de abrigo son escasas en la selva formada por espacios descuadrados y construcciones a base de materiales de segunda mano. La gente de allí abajo se disputa cualquier objeto descartado de la superficie de quienes quieren revenderlo y sacarle provecho. Pero, en aquel reino de los deshechos, de lo que la superficie arroja o deja de lado, se ha agenciado una cazadora con cuello de piel sintética y apenas unos rotos en los bajos. Es del mismo color que los mitones que lleva siempre.

Él es ponzoña, y eso es lo que lo ha salvado allí, donde

malvive desde que se puso a sí mismo el nombre de «Muro». En el subte cada cual elije cómo llamarse y, aunque han intentado colocarle todo tipo de apodos, se ha obstinado en presentarse como «Muro» porque es lo primero que recuerda: una pared de ladrillos, desiguales y sucios. Es junto a ella que Tlotlo dice que lo encontró y, desde entonces, siempre se ha preocupado por él, como si fuera una especie de mascota por la que siente aprecio. Tampoco es que se quite un bocado para dárselo, pero al menos le ofrece lo que le sobra y ha tratado de que duerma en lugares seguros.

Los rumores cuentan que la presencia de Muro atrae la mala suerte o la locura; por eso se apartan de su lado como quien ve llegar una de las siete plagas. Se dice que quien se le cruza termina mal, estrellado contra la acera, colgado de algún poste, descuartizado en alguna lonja. Por ese motivo solo se relaciona con los que han perdido la cabeza como Tlotlo, la de las rastas, a la que la esquizofrenia lanzó a aquel lugar hace más de una década. Eso dicen las malas lenguas. Desde que tiene recuerdos ha visto a la mujer hablar con sus mechones en el mismo tono que una madre lo haría con sus hijas:

—No me dejáis ver a mi Muro hoy... Estáis revueltas. Apartaos, que le tengo que echar un vistazo. Ven acá. No hagas caso de estas putas.

Se sientan juntos en uno de los corredores auxiliares. Él piensa en la extraña pareja que forman: su piel es pálida como la del satélite que cuelga del cielo nocturno; la de ella es del color de la noche cerrada.

Muro cree que la gente se equivoca al juzgarla: no es que esté loca, sino que ha dejado que las voces envuelvan su mente para poder sobrellevar lo insoportable de la realidad.

—Hace mucho que no os veo.

Tlotlo solo responde si se tiene en cuenta sus rastas y Muro se dirige a ella en plural por costumbre.

—Te estás quedando en los huesos, muchacho... ¿No es

verdad que se está quedando en los huesos, chicas? Toma, necesitas poner algo de carne en ese esqueleto tuyo, que solo eres pellejo.

Y el chico toma el bocadillo que ella le tiende. No ha comido nada en dos días y la costra de pan que envuelve una carne indefinida le resulta deliciosa. La mira elevando las cejas, en un gesto de interrogación, y ella asiente con la cabeza. Entonces, él se quita los mitones y da un primer bocado.

Tlotlo siempre tiene comida escondida. Decenas de bolsillos interiores pueblan el abrigo que viste, el mismo desde que la memoria le alcanza y donde, si no hay un sándwich con una esquina mordida, hay una lata caducada solo un par de días antes.

La mujer le acaricia el cabello revuelto mientras él come.
—Tienes mala cara... ¿Dónde duermes estos días?

Muro mastica despacio y hace tiempo. No quiere decir que lleva semanas pasando las noches en una autocaravana desvencijada de uno de los niveles inferiores ni que, como siempre, nadie se quiere juntar con él, que todo el mundo lo rehúye. Tampoco quiere contarle sobre el agujero gris que se ha instalado en su cabeza y que le pesa tanto. A veces no puede casi ni levantarse del camastro. Es una presencia pastosa y amarga que lo visita cada vez con más frecuencia y que consigue atrofiarle los sentidos y le deja en un estado más parecido al de un zombi sacado de un cómic.

Lo sufre como un desánimo tan profundo que apenas rebusca en la basura para encontrar comida y sobrevive a base de los alimentos que la mujer le proporciona.

Se limpia la boca con la manga y trata de sonreír.

—En un sótano okupa. Tenemos camas.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad? ¿Vosotras creéis que me está mintiendo? —Tlotlo sacude las rastas y se pone a rebuscar en su abrigo hasta que saca un botellín con agua que tiende al muchacho.

—Una cama con su colchón y todo...

Muro toma la botella y bebe el agua limpia que Tlotlo le ofrece con una sonrisa. Le miente para no preocuparla: ella le ha advertido muchas veces que no frecuente los niveles profundos del subte, que allí se esconde la peor morralla, espíritus sin escrúpulos y, lo que es más peligroso, sin miedo y con dinero.

Aquellos son los dominios del clan hacker.

Pero las calles de aquella ciudad intercalada en la ciudad oficial, en la de la superficie, no saben de misericordia, y cualquiera que demuestre alguna debilidad es presa fácil. Dormir allí abajo es mejor que dormir a la intemperie, se dice Muro, que conoce la cara de los abusos. No recuerda cuándo sufrió el primero, pero sabe que solo cuenta consigo mismo para escapar de ellos.

Ni siquiera Tlotlo puede protegerlo, porque ella misma es una víctima frecuente de ellos. La metrópoli nacida de las cicatrices del mundo y formada por los lugares abandonados la maltrata desde hace años.

El muchacho siempre ha oído que, una vez que entras en el subte, salir se convierte en misión imposible, que aquel lugar es un cementerio de vivos, una catacumba de cadáveres andantes, personas atrapadas por la fuerza centrífuga de aquel lugar del que nadie escapa. Lo dicen los jugadores e informadores, los usureros y cobradores, los miembros de los clanes y ojeadores. Tlotlo, con la mirada perdida en el laberinto de techos de uralita barata y cemento mal secado, también se lo ha comentado muchas veces.

Por eso se imagina que, seguramente, él mismo está muerto y enterrado, y ahora le ha tocado malvivir allí en espera de un destino mejor. Ese pensamiento es el que, cuando el agujero no lo visita, le permite levantarse y afrontar la hostilidad de los parroquianos, que siguen sus propias leyes consistentes, básicamente, en saltarse las de la superficie.

Muro quiere impresionar a Tlotlo y por eso, entre bocado y bocado, menciona los colchones, que son objetos valiosos allí abajo.

—No recuerdo qué se siente al dormir en un colchón mullido... ¿Vosotras os acordáis?

Las rastas parecen haberle respondido algo ingenioso porque, de pronto, la mujer deja escapar una carcajada. Su risa desentona con el decorado que los rodea, un pasadizo lleno de goteras y paredes cuarteadas. Muro termina el bocadillo y se vuelve a poner los mitones. La mujer se levanta y toma el asa del carrito de la compra roto en el que guarda lo poco que posee. Siempre en movimiento. Él no la recuerda mucho tiempo en el mismo sitio.

—¿Ya os vais? Podríamos ir hasta el puerto a ver si hay restos de pescado en los muelles...

Ella se pone tensa.

—El puerto nos da mala espina...

Entonces se ríe y las rastas bailan.

—Puerto. Espinas... ¡Somos de lo que no hay!

Muro se pasa la mano por el cabello, como si quisiera ahuyentar algún pensamiento.

—Si vamos juntos, no os pasará nada.

La mujer se le acerca hasta dejar su cara a unos centímetros. El muchacho puede leer las noches en vela y las palizas en las arrugas del rostro que tiene delante. Se pregunta si en el suyo también es visible el agujero que lo consume.

—La temporada que nos tuvieron de esclavas... recuerdas lo que te contamos, ¿verdad? Todo por acercarnos a uno de los muelles de carga. ¡Ni locas volveremos por allí!

Muro empieza a agachar la cabeza, pero ella se lo impide sosteniéndole el mentón con la mano. Puede sentir la piel curtida de la mujer tocándole la barbilla e intenta hacer un gesto para zafarse. Nunca piel con piel: ¡está prohibido! Pero a ella no parece preocuparle saltarse su propia prohibición.

—¡Míranos cuando te hablamos, muchacho! Todo lo que te hemos enseñado no servirá de nada si no lo pones en práctica: nada de mezclarte con los hackers y, sobre todas las cosas, nada de ir al puerto. Los chaperos y tratantes enredan por allí.

—Tampoco es para tanto. Solo hay barcos, Tlotlo.

La mujer huele a mohó y el chico se pregunta si él también desprende ese olor.

Tlotlo se incorpora y da media vuelta para enfilar el corredor en busca de la bifurcación más próxima. Es ancha de hombros, aunque él ya la ha sobrepasado en altura.

—¿Dónde crees que van esos barcos? A las fábricas flotantes. Y no quieras saber qué te hacen allí.

El muchacho la ve alejarse despacio y tomar el pasillo de la derecha. Le gustaría encontrar un colchón casi nuevo para ella, la única que no lo mira con desprecio o miedo y que le ha brindado su apoyo desde que se buscó un nombre.

También le gustaría abrazarla, pero esa es otra de las cosas que le tiene prohibidas.

Él no lo sabe, pero aquel será el último bocadillo de la mujer que coma.

Abril mira el reloj: le quedan nueve minutos. Se ajusta las gafas de visión nocturna y espera junto a la puerta de servicio del aparcamiento, en el centro comercial. El traje con el talento prestado de Moss le pica en los codos y las rodillas, y se acerca al dintel para rascarse contra el bastidor. Lo lleva debajo del chándal de camuflaje que se agenció en el almacén de la Madriguera. Se pregunta si no estará desarrollando alergia al material del traje. Le gustaría no tener que llevarlo bajo la ropa: le da mucho calor, pero Alpha le hizo comprender que es la única manera de cruzar al otro lado con el talento prestado sin levantar sospechas. Y, si lo dice su jefe, será por algo.

Alpha también le ha contado que los mejores siempre aparecen en lugares como aquel, en las grietas de la ciudad, donde suelen acabar las criaturas anómalas, aquellas que interesan a la Madriguera. Es como si el mundo exterior se dedicara a barrerlos hacia los intersticios, a mantenerlos en huecos y resquicios, a arrinconarlos en pozos y conductos, en colectores y cavas.

Porque el subte es anárquico y autosuficiente. Una vez que caes en él, te devora lentamente, pues solo se puede subsistir en ese lugar haciendo algo turbio que roce lo ilegal. Delinquir es la norma y solo se siguen las órdenes de los clanes: si no, terminas en el fondo de un pozo ciego con el cráneo abierto, sin dientes y con las yemas quemadas.

Revisa su equipo mientras repasa mentalmente el plano del sector y se rasca los picores que no cesan. Ha memorizado las habitaciones del pánico olvidadas, las oquedades de los cimientos, las ruinas y los edificios ocupados para no tener que detenerse a consultarlo y atraer las miradas de informadores y sicarios. Espera recordar los atajos que descubrió la última vez, meses atrás, cuando tuvo que entrar para zanjar un ajuste de cuentas de la Madriguera con los Residentes. Entonces sintió la presencia de un talento poderoso, pero no pudo quedarse para indagar más porque debía presentar la prueba de que su misión había concluido con éxito: los ojos y nervios ópticos de su víctima. Es consciente de que el trazado del subte se transforma casi tanto como sus habitantes, que van mutando cuanto más se adentran en los niveles inferiores, pero confía en que el talento que detectó siga por allí.

Llegada la medianoche, Abril desciende por la escalera con rapidez para alejarse y no revelar la puerta de entrada que usa para acceder al subte. El cambio de día es el mejor momento para entrar: su experiencia le ha enseñado que a esa hora las caras nuevas se confunden más fácilmente con las conocidas.

Toma el desvío izquierdo cuando llega al pasillo que alberga las tuberías del centro comercial y sigue bajando hasta dar con los túneles del metro. Es una de las líneas más antiguas, tapiada desde hace tiempo. Los primeros grupos allí reunidos apenas notan su presencia: se ha cuidado de manchar a conciencia la ropa, que además no lava desde hace semanas, para pasar desapercibida.

Quiere llegar al distrito alto, formado por la red de buhardillas ocupadas, falsos techos y palomares entre los que se mueven los organizadores de timbas y las casas de apuestas. Tiene que encontrar las escaleras de incendios que bordean la trasera de los edificios para ganar altura. Allí es donde huidos, timadores y jugadores hacen correr el dinero negro y los rumores: el ambiente donde la gente tiene la lengua más suelta, pues es lo que les permite distraer y confundir a los asiduos.

Frecuentará los mismos lugares durante un par de días, para que no se sospeche de ella. Ha decidido que esta vez se hará pasar por una carterista que huye de la policía y, con esa historia, revolotea por los garitos del gremio.

La clave está en mantenerse en movimiento, entablar conversación con unos y con otros, escuchar la cháchara de las colas en los puestos de comida o en las barras de los antros, bucear en las habladurías.

Durante el día, cuando los picores le dejan, duerme en un soportal maloliente, entre tahúres y estafadores de poca monta. Se defiende cuando un par intentan robarle la mochila. Los ahuyenta chillando y revolviéndose, sin mostrar sus verdaderas capacidades de combate, porque eso despertaría recelo, pero consigue zafarse y continúa vagabundeadando por las rúas, siempre de color «tarde».

Los corrillos se crean y se deshacen, como si formaran parte de un mismo organismo que se reconfigura todo el tiempo. Se alimenta a escondidas de barras energéticas y de

lo que pilla en los puestos de comida más baratos, y pierde pequeñas cantidades de dinero que nunca llaman la atención. De vez en cuando hace alguna apuesta gracias a las carteras que roba con el talento prestado («Gracias, Moss») y consigue entablar amistad con un par de ganchos profesionales que intentan camelársela para que se una a ellos. Ella se deja engatusar: cuanta más confianza tengan, más hablarán. Y vaya si hablan. Porque aparte de las riñas entre clanes y los chismes de los pícaros y buhoneros, parlotean sobre oportunidades y contratiempos, sobre dónde hay más posibilidades de aprovecharse de los confiados, sobre nuevos trucos para timar y sobre lo insólito.

—Qué mal fario da la loca de las rastas —oye decir a una corredora de apuestas que se está tatuando el código de barras de su clan.

El dueño del tenderete, un tipo que lleva grafitis en la piel, asiente mientras se concentra en las líneas negras, que empiezan a ocupar la nuca de su clienta.

—Es por el rapaz ese con cara de luna que va con ella.

Los músculos de Abril se tensan, a pesar del escozor que envuelve su cuerpo, mientras ojea los diseños que el tatuador expone en un álbum grasiento con los bordes quemados y las últimas páginas vacías. Todos los objetos del subte son así, inacabados, imprecisos, indeterminados.

Su instinto de acechadora se ha despertado: cualquier mención a la mala suerte es un indicador de un talento. Quien alberga uno, sobre todo si es muy joven, no tiene capacidad para gestionarlo y, por lo tanto, no sabe disimularlo.

Cuando era una adolescente, Abril encontraba todo lo que se perdía. Los gritos y las hostias aún resuenan en su memoria, latigazos invisibles que le escuecen como los cortes de las muñecas. Le pegaban porque creían que estaba detrás de las pérdidas, que robaba y escondía, aunque ella

se esforzara y explicase que no podía evitar encontrar cosas: llaves, dinero, cadáveres... ¿Qué culpa tenía ella de que lo extraviado siempre le llegara?

El rechazo le dio la mano al autoodio. Los castigos de sus padres se sumaban a las heridas que ella misma se ocasionaba: recurría al dolor como una manera válida de acabar con la ansiedad que aquella habilidad maldita le generaba. Ahora sabe que nunca corrió peligro realmente, porque cuando ha estado al borde de provocarse la muerte, ha regresado.

Ella nunca pierde; encuentra.

Eran amables pero distantes, los agentes de la Madriguera, todos con trajes de chaqueta pulcros que la acogieron mientras su familia le daba la espalda. Cuando llegaron a su casa se mostraron muy interesados en la manía que tenía todo por encontrarla, y Abril solo sonreía cuando la sacaron de allí y la llevaron a la residencia de reclutas. Los barracones estaban en la costa, tan cerca de la playa que la arena entraba constantemente por las rendijas. Advirtió los cortes en las otras muñecas juveniles, las cicatrices en la espalda cuando tenían clase de natación, las narices rotas en las caras que la estudiaban desde los espejos del baño a la hora de las duchas. Allí todos compartían la mala suerte, le había dicho un Taehyung veinteañero e inseparable de la que luego sería su novia, Nina. Moss, el ladrón más habilidoso, llevaba varios meses allí y le sirvió de cicerone («Gracias, Moss»).

Una mujer se sentó junto a ella una noche de fogatas en la playa. Su piel se confundía con la noche y contrastaba con unos dientes blanquísimos que asomaban a su cara en la línea cóncava de su sonrisa permanente.

—Hola. Debes tener muchas preguntas sobre este lugar. Pero no te preocupes: aquí todos somos bichos raros. —Y sacudió la cabeza poblada de rastas.